

—¿No os molesta que lo haya traído?—dijo cariñosamente Reyer, mirándola con dulzura.

—¡Al contrario! Habéis hecho admirablemente! ¡Quién sabe si á estas horas no estaría ya en el fondo del río!—contestó Rosina con una mirada y una sonrisa que la hacían parecerse al ángel del hogar.

Tuvieron hasta la noche, en su compañía, al desgraciado que acababa de recibir tan dura prueba; el pobre estaba destrozado; pero la vida y la razón se hallaban á salvo.

## XX

Sin embargo, nadie se deja degollar sin oponer alguna resistencia.

Al día siguiente, y á cosa de las cinco de la tarde, la señora de Guerbois recibió una carta, en la cual Lignón pedía explicaciones y una entrevista, á solas ó en presencia del resto de la familia.

El pobre muchacho reflejó toda su alma en la misiva; trató, aunque inútilmente, de ocultar bajo fútiles fórmulas de dignidad, el grito desesperado del hombre honrado que se ve ultrajar tan cruelmente.

La señora de Guerbois leyó la carta y se la metió en el bolsillo. Luego ordenó que se hiciera fuego en la chimenea del salón, para recibir dignamente á la visita que debía colmar sus deseos de orgullo y prosperidad.

Luis Duval, que era muy puntual, lo mismo en los actos de comercio que en los puramente familiares, no se hizo esperar.

A las cinco y media apareció afeitado y todo lo

correcto que puede presentarse un hombre sin distinción.

—¿Qué tal?—dijo al entrar.—¿Está ya todo arreglado?

—No tan pronto—contestó sonriente la de Guerbois, invitándole á tomar asiento.

La chimenea desprendía mucho humo, y tuvieron que bajar la plancha para impedir sus molestias; el olor del tufo, unido al frío glacial de aquella habitación, en la cual se entraba muy rara vez, no eran el mejor incentivo para predisponer á la elocuencia. La señora de Guerbois comprendía que si había ganado mucho terreno desde la víspera, no era todo lo preciso para contentar al contratista, por lo que se sentía algo contrariada.

—¿Habéis hablado á vuestro esposo?—preguntó Duval, viendo que no le decían nada.

—No,—repuso valientemente Eulalia;—he hablado á mi hija.

—¡Ah!—exclamó con alegría el ex albañil.—¿Y qué?

—No creo que esté mal dispuesta respecto á vos; pero vos sois quien tenéis que procurar agradarla; cuando obtengamos el consentimiento de mi marido.

—¿Tan difícil es?—preguntó Duval, abriendo mucho los ojos.

—¡Ya lo creo!...

Una idea luminosa cruzó por la imaginación de la señora de Guerbois.

—¿Queréis pedírsela vos mismo?—le dijo con un acento tan convincente, como si acabase de descubrir remedio contra la filoxera.

—¡No deseo otra cosa!—repuso Duval.

—¡Pues bien, hacedlo! pero con una sola condición, sin la cual todo estaría perdido. No le dejéis vislum-

brar que me habéis hablado de ello antes de dirigiros á él. El señor Guerbois es muy bueno; pero como la mayoría de los hombres, es celoso de su autoridad. Podéis tener esperanzas de conseguir vuestro deseo, si le habláis francamente.

—¡Caramba! ¡Trabajo me costaría hablarle de otro modo! No soy abogado. Entonces, en seguida, ¿cuándo vendrá?

La señora de Guerbois miró el reloj.

—Pronto—dijo.—No creo que os dé una respuesta definitiva esta tarde; pero no estaréis mucho tiempo en la incertidumbre.

Duval se sintió de pronto menos gran personaje que la víspera. No creyó que se discutiera la alianza de un hombre tan rico, y, por un fenómeno natural en las gentes de educación tan deficiente como la suya, concedió más importancia á las personas que titubeaban en aceptarlo por yerno.

—¿Y la pequeña?—dijo, volviendo al objeto de sus preocupaciones.

—Mi hija está buena, gracias—contestó tranquilamente Eulalia.

—Ya supongo que no estará enferma—dijo con impaciencia el contratista;—os pregunto si se la puede ver.

La señora de Guerbois vacilaba. No porque desconfiase de los sentimientos de su hija, puesto que la había hecho saber ya la nueva proposición, y Norina no dió señales de encontrarla extravagante; pero ¿sería conveniente poner en comunicación á dos seres que debían unirse, antes de prevenir de esta unión al señor Guerbois? Por fin se decidió á jugar el todo por el todo.

—Vais á verla; pero os ruego que no le habléis de nada antes de haber visto á su padre.

—¡Perded cuidado!—dijo Duval.—Ya sé vivir.

Eulalia fué á buscar á su hija, que entró con su aspecto corriente y sus ojos modestos.

Se acomodó en un sillón, al lado de aquel buen hombre, el cual la devoraba con sus ojazos, y al igual del gato que recoge sus uñas para ocultarlas, contenía sus manos resistiendo al deseo de cogerla por los hombros.

La chimenea no quería arder. Norina agarró el aventador y trató de atizar el fuego.

¡Qué bien lo hacía! ¡Cuánta gracia acompañaba á aquellos recatados movimientos!

Bastaba verla en aquella operación, para adivinar su candorosa ingenuidad. Mas no era esta ingenuidad como la de esas niñas de escenario, que, escondiéndose tras una butaca, dicen «hablad á mi papá». No; en Norina todo era natural; no se ruborizaba sino con una galantería bien dicha; pero con las burdas, era capaz de miraros y exclamar: «¡No comprendo!»

A Duval le gustaba casi tanto arrodillada delante de la chimenea como sentada en el sillón, junto á él; esta actitud tenía algo de más íntimo, que animaba las confidencias.

Aprovechando un momento en que la prudente Eulalia, estaba en la habitación vecina, se inclinó hacia Norina y le dijo á media voz:

—¿Os acordáis de mi caballo, aquel que nos paseó el domingo?

Norina dejó caer el aventador, volvió hacia Duval sus bellos ojos admirados, y contestó:

—Sí, señor.

—Os gustaría tener aquel caballo? Es lindo y no es malo. ¿Lo querríais? el propietario tampoco es malo.

—Sí, señor — contestó la ingenua, más aturrida que nunca.

—Decidme, ¿y al propietario del caballo? ¿querríais también tenerlo? ¿Y una linda casita, con un bonito carruaje? ¿Os gustaría todo eso?

—No lo sé, señor—respondió Norina, todavía de rodillas, delante del fuego, que despedía un humo abominable.

Se había ruborizado por completo, y sus temblorosas manos, buscaban, sin encontrarlo, al aventador escondido bajo un pliegue del vestido.

—Para poseer el caballo y el coche, es preciso también aceptar al propietario—continuó Duval, que sin notar lo le hablaba como una niña.

—¿No os causaría miedo decírmelo? Ahora voy á pedirlos á vuestro papá.

—¿A pedirme? —dijo Norina volviéndose aún más encarnada.

—¡Adorable niña! —exclamó el contratista que, no pudo contenerse y la abrazó.—Sí, en casamiento. ¿Consentís verdad? Entonces se lo diréis á vuestro papá, nos casaremos dentro de tres semanas, porque tengo que construir una fábrica en el Indre, el mes que viene. Os daré todo lo que se os antoje.

—¡Señor! —dijo Norina que parecía muy emocionada.

Eulalia penetró muy oportunamente, tanto que la señora de Anglois la hubiese acusado de escuchar detrás de las puertas; pero todos saben que la señora de Anglois tenía el alma tan negra como los azabaches que eran su adorno habitual.

Diez minutos después, entró Guerbois; estaba preocupado, la decisión que había tomado respecto á Lignón le producía remordimientos. Por más que se

decía que desde el momento en que su hija no amaba á aquel joven, el solo partido aceptable era romper sin demora, su conciencia le hacía crueles reproches, y á pesar de las excelentes razones que le había dado su mujer, á pesar de las afirmaciones categóricas de su hija, vislumbraba confusamente algo que se le ocultaba.

Quedó más sorprendido que encantado, al encontrar en su casa al contratista. Sin experimentar aversión hacia aquel hombre, Guerbois notaba cierta hilaridad entre su llegada y la borrasca que acababa de desencadenarse en su casa.

Después de un saludo bastante breve, se volvió hacia su hija y le preguntó si la comida estaba preparada.

Norina desapareció en seguida.

Duval no perdió un segundo y entabló la lucha heroicamente.

—Señor Guerbois, os pido la mano de vuestra hija —dijo resueltamente el contratista, que no se andaba en rodeos.

Guerbois se estremeció, lo miró cara á cara, y respondió:

—Dispensadme, no he comprendido.

—Sin embargo, me habéis oído bien,—repuso Duval,—os pido la mano de vuestra hija.

El esposo de Eulalia miró á su mujer; ésta, permanecía impassible y parecía esperar su respuesta, como se espera el turno para echar agua bendita sobre un catafalco.

—Nos hacéis mucho honor,—dijo lentamente Guerbois, comprendiendo que se veía obligado á decir algo; tras breve pausa añadió:

—¿Os ha entrado el amor así de repente, hoy mismo?

—Esta mañana á las once, querido amigo—respondió Duval con gran presencia de ánimo...—Cuando he concluído mis asuntos he venido aquí, y he dicho algunas palabras á vuestra señora, y ya veis que no he perdido el tiempo...

—¿No pensabais en ello ayer, ni antes de ayer? dijo Guerbais sospechando, mirando alternativamente á su mujer y al que solicitaba ser su yerno.

—Sí que pensaba—dijo Duval, bastante embarazado del giro que tomaba la conversación;—pienso en ello, desde que he visto á vuestra hija, pero como es más joven que yo, comprenderéis que esto hace reflexionar; sólo esta mañana...

Y se interrumpió sintiendo que desbarraba; precisamente no debía haber hablado de la diferencia de edad, pues no le favorecía.

—Prefiero que haya sido hoy—dijo Guerbais dirigiendo á su mujer una severa mirada; — pero querido amigo, ¿qué queréis que os conteste? lo tomáis tan repentinamente; ¡dejadnos el tiempo de pensarlo!

Duval volvió á empezar aquella retahíla, que tan buen efecto le había surtido con Eulalia.

Habló de su fortuna actual, de su porvenir, de los beneficios que no podía menos de realizar, de su casita particular...

Guerbois, que había tomado una silla, le escuchaba en silencio. Norina no había vuelto, y Eulalia se ponía nerviosa.

Por fin, no teniendo más que decir se calló Duval.

—Mi querido señor,—respondió entonces Guerbais,—comprendo muy bien todo lo que me decís; pero hay para mí una cuestión que está por encima de todo: y es saber si mi hija será dichosa con vos, y si no se arrepentirá de su elección.

Duval quería protestar; Guerbais se lo impidió y repuso:

—Tenéis una cosa en contra vuestra, el dinero.

Puede suceder muy bien, que mi hija se engañe y creyendo amar á vuestra persona, sólo ame las ventajas que podéis proporcionarle; por eso, antes de contestaros, quiero tener una seria conferencia con ella.

El digno señor había hablado en forma que no admitía réplica. Duval comprendió que no le quedaba otro remedio que coger su sombrero y marcharse, preguntando cuándo podía volver.

—¡Oh! dijo Guerbais, no será largo. Mañana es domingo, y tendremos tiempo de hablar; por tanto, podéis contar el lunes con nuestra respuesta.

Se estrecharon las manos y se separaron.

La comida fué silenciosa y triste; los muchachos tratados bruscamente, no levantaron la cabeza del plato, fueron despedidos pronto, dejando el campo libre á las discusiones de familia. Nada se parecía menos á los preliminares de unos esponsales, que esta comida triste y la noche que la siguió.

Quando los esposos se encontraron solos con Norina, el padre después de echar varias bocanadas de humo, miró á su hija severamente.

Eulalia, aunque por naturaleza era poco fácil de asustar, no se atrevía á moverse.

—¡Y bien!—dijo Guerbais,—te has desembarazado de un pretendiente á quien no amabas. He aquí otro que se presenta; tienes, verdaderamente, más suerte que méritos. Se trata de saber si éste te gustará por fin.

Norina permanecía con la cabeza baja, incomodada; y bastaba mirarla para averiguar que estaba convencida de la fastidiosa pedantería de su padre, á

quien, interiormente, llamaba el señor Agua Fiestas.

—¿Te molesta lo que te digo?—continuó aquél.—  
Generalmente amargan las verdades. Tengo, sin embargo, algunas que decirte, y vas á oírlas. Estoy descontento; porque me has obligado á desempeñar un mal papel ante un hombre honrado; y siendo yo también honrado, me produce mayor dolor del que estás en estado de comprender. Has aceptado al señor Lignón porque temías quedarte soltera; pero al suponer que un hombre más rico te miraba con buenos ojos, te has apresurado á decir que el primer pretendiente no te gustaba. No creo que te desagradaría tanto, si no hubieras encontrado otro.

—¡Pero, papá!...—quiso decir la joven rebelde.

El le impuso silencio con una seña.

—No tengo que discutir contigo—profirió rudamente;—pero tú has de prestarme atención. No te prohíbo que te cases con Duval, si Duval te conviene; yo opino que sólo te conviene porque es rico...

—¡Oh! ¡Guerbois! ¿cómo puedes imaginar que esta niña combine cálculos interesados?

—Sé lo que me digo—contestó el padre con la misma serena autoridad;—y además, Eulalia, no es á ti á quien estoy hablando en este momento; sino á Norina. Así pues, hija mía, puedes, si quieres, casarte con Duval; pero con la condición de que nunca, ¿me entiendes? ¡nunca! te quejarás de él, ni poco ni mucho, y por ningún concepto. Este yerno me gusta mucho menos que el primero. El otro era un buen muchacho, no era rico, pero sí escrupuloso en todas sus cosas; y te participo, hija mía, que no se hacen tan grandes fortunas, teniendo una conciencia muy recta. Si supiera que Duval hubiese perjudicado á alguien en un solo céntimo, no te casarías con él, te lo garantizo; pero

como todos los contratistas, habra hecho pagar caro un trabajo moderno, ó muy caro un trabajo excelente; habrá dado prisa á los obreros, aprovechado los apuros de unos, la ignorancia de otros; y á este precio habrá ahorrado la fortuna que tú codicias. Preferiría un yerno casi pobre, pero que lo poco que poseyera, lo debiera á un honroso trabajo.

Lignón goza de una posición superior á la que tú podías esperar, hija mía, yo la encontraba suficiente. Creí que te agradaría, le has dado muchas esperanzas; no puedes negarlo, Norina...

La joven hizo un movimiento de hombros que significaba:

—¿Qué me importa?

—¡Oh! ¡bien sé que no te importa!—prosiguió el padre—pero á mí, no me es tan indiferente. Ahí tienes un hombre que padecerá gran pena, mucha pena, seguramente, más de la que tú te mereces; tú no te preocupas, ni aun piensas en ello; no piensas sino en casarte con un hombre rico, que tiene coche...

—No puedo, sin embargo, casarme por caridad...—dijo Norina con áspero acento.

—No creo—repuso el padre—que hagas nunca nada por caridad, pobre hija mía, y es una desgracia para ti. Esperaba otra cosa, lo confieso; pero, probablemente, á fuerza de quererte, te he educado mal.

Se calló y permaneció inmóvil, hasta olvidándose de aspirar su pipa. Se representaba sin duda cosas que habían pasado hacía mucho tiempo.

Norina, pequeñita, apoyada contra sus rodillas, voluntariosa y rehacia; pero tan seductora con su mimosa gracia, con sus lividos ojos, que no trastornaban entonces más cabezas que las de su padre y su madre. ¡Sí, la habían mimado! ¡Cuántas veces, cuan-

do hubiera sido conveniente castigarla, se había dejado desarmar por su sonrisa ó por sus lágrimas!...

¡Si el padre lo hubiera sabido! ¡no le hubiera faltado valor! y, como obsesionado, Guerbois pensaba siempre en Lignón; Lignón solo, desesperado, en su habitación, demasiado grande para él, alquilada y preparada para la joven que debía ir á deslumbrarla con su presencia.

—¡Cuando pienso—dijo Guerbois con un irresistible movimiento de ira—que ese muchacho ha hecho por ella gastos superiores á sus recursos y que no hay medio de devolverle ese dinero!

Este pensamiento era, entre todos, el que debía por más tiempo molestar la rigurosa probidad del empleado. Para él, que toda su vida se había visto obligado á contar hasta el mezquino gasto de un asiento en el imperial de un omnibus, la cifra de los obsequios de Lignón á la que había sido su prometida se elevaba hasta la aberración. Que Justino hubiese sido absurdo, pase; pero el dinero, el precioso dinero, que representaba privaciones, había sido como arrojado á los cuatro vientos del espacio.

Para el que no puede gastar cinco francos sin disminuir ya el dinero sagrado que debe pagar la deuda, ya el bienestar de un ser querido, que no depende sino de él, la caja de bombones y el fútil ramo son sacrificios más meritorios que el mejor presente de diamantes ofrecido por uno de esos acaudalados de este mundo.

La mayor parte de las mujeres, no piensan en esto; aceptan con la misma indiferencia ó la misma sonrisa, el ramo del pobre trabajador, que el del rico desocupado. Si fuesen un poco menos superficiales, si supieran darse cuenta de lo que representa para cada uno

de ellos la ofrenda, igual en apariencia, sabrían también medir la profundidad de la afección que inspiran.

Justino, había dado á Norina hasta lo que era para él necesario; había comido cualquier cosa durante un mes, para poder ofrecerle el brazaletes de plata oxidada, que ella había aceptado como regalo de petición. Y para llevarle bombones de chocolate que le gustaban, no solamente había hecho un largo rodeo á pie, sino que se había privado de cenar, engañando al hambre con cualquier friolera que le irritaba el estómago y no le nutría.

Guerbois sabía esto; ¿no había obrado él lo mismo, cuando enamoraba á Eulalia?

—¿Se le han devuelto sus regalos?—preguntó de pronto.

Las dos mujeres comprendieron á media palabra.

—Aún no—respondió la señora Guerbois.—He recibido hace poco una carta suya.

Titubeaba, porque si ocultar la existencia de la carta era difícil, el enseñarla no tenía nada de halagüeño.

—¿Dónde está?—dijo Guerbois con imperioso acento.

La carta fué presentada, y Eulalia siguió en la cara de su marido el efecto de su lectura. Cuando hubo terminado, frunció las cejas y atrajo hacia sí la carpeta de familia, la que muy raramente servía para escribir cartas de importancia. Tomó una pluma y escribió lentamente, con su buena letra de burócrata, una docena de líneas, que firmó con su nombre y rúbrica.

—La criada llevará esto mañana; con los regalos—dijo—aunque tenga que abandonar cualesquiera otras ocupaciones.

—Pero, amigo mío,—hizo observar la señora de Guerbois,—mañana es día de mercado...

—¡Vaya al diablo el mercado!—dijo Guerbois con voz atronadora.—¡No se trata ahora de vuestras pampinas! Hasta ahora he sido un hombre que no tenía más que una palabra; ahora, gracias á vos, tengo dos, una para cada yerno. Vamos, traed los presentes, y una caja para embalarlos, ¡y pronto!

Norina presentó los regalos; el famoso brazalete, una sortijita, una cartera de marfil, que había sido comprada en Dieppe, con el nombre de «Norina» grabado en diagonal, un cofrecillo para joyas, algunas cartas muy breves y bajo cuyo correcto estilo, se traslucía una adoración profunda, insensata.

Guerbois miraba todo esto con un extraño sentimiento de compasión, de pena, de cólera, que le apretaba cada vez más la garganta. De pronto, sus ojos se llenaron de sinceras lágrimas, mientras colocaba los objetos en el cofrecillo.

—¿Esto no os conmueve á vosotras?—dijo á las dos mujeres que se lo miraban con más burla que simpatía.—¿No sabéis que es el corazón de un hombre, y quizás su vida lo que le mandáis ahí dentro? Ni una, ni otra, merecéis que un hombre sufriese por vosotras.

Cerró el cofre, introdujo la llave en la carta, que dobló de prisa, y se fué á su cuarto por donde paseó largo rato con acompasados pasos.

—¡Papá está de mal humor!—dijo Norina en voz baja.—¡Vaya unas historias! ¡la verdad!

—Se pone así de vez en cuando; pero se calma—respondió Eulalia, en el mismo tono. Mañana se le habrá pasado. En fin, es asunto concluído. Abrázame, señora de Duval. Vas á ser rica y feliz.

—¡Así lo espero!—dijo Norina con orgullosa sonrisa.

## XXI

Nada se oponía ya á la felicidad de Luis Duval.

El lunes por la mañana recibió una cartita de la señora de Guerbois, haciéndole saber que podía presentarse por la noche, para ser admitido.

Llegó flamante y satisfecho, con un ramo de flores, mayor que él, y un estuche pequeñito, que contenía los dos solitarios más hermosos que había encontrado aquel día en París. Colocó por sí mismo los diamantes en las orejas, un poco largas, algo aplastadas y muy coloradas, de su joven prometida, que le dió las gracias con sus sonrisas más intimidadas; la señora de Guerbois recibió un broche de rubíes, y el señor Guerbois una colección de apretones de manos que no consiguieron desarrugar su frente.

—Mi suegro es un cardo—pensó el dichoso futuro;—pero para lo que me incomodará en la existencia...

Se fijó el día de la ceremonia; Norina no era ya tan joven, según parece, porque no era necesario esperar un año para casarla. Cuatro semanas fueron ampliamente suficientes para conocerse y amarse. Aun era demasiado; pero la modista, rehusó prometer nada antes de este tiempo.

—Ahora me pesa que nos hayamos indispuerto con los Breteuil—dijo la señora de Guerbois, á su hija, mientras le probaban unos vestidos.

Entre Norina y su madre reinaba ya la más perfecta armonía. ¡Cómo se hubieran admirado las dos, si alguien les recordase aquellas bofetadas que recibie-

ron á la ingenua, cuando regresó de Dieppe! Y no obstante, cuando la niña oyó el nombre de la señora de Breteuil, sentía que se calentaban sus mejillas.

—¿Por qué te pesa?—repuso.—Al contrario, me parece que no nos podemos quejar por habernos podido separar de ellas. Lignón no hubiese dejado de ir á exponerles sus penas, y hubiésemos tenido que sufrir escenas desagradables.

—No lo dudo; pero la señora de Breteuil se pondría furiosa al verte casada con un hombre rico, mucho más rico que ella y que su marido... trataría de humillarte y rabiaría al no poder conseguirlo.

—Lo mismo rabiará,—replicó Norina;—¡lo sabrá! ¿verdad? Pues bien, el día que lo sepa, será castigada.

—¿Castigada por qué, dulce Norina? ¿Por haberte creído una niña buena, honrada y casta, y haber retrocedido de horror, el día en que descubriste tu verdadera naturaleza?

Este castigo de la señora de Breteuil debía hacerse esperar menos de lo que Norina misma hubiese deseado. En el momento de repartir las invitaciones para la ceremonia, llegó Duval con una lista de una vara de larga.

No quería casarse reservadamente. Había invitado á todo el que le había tratado de cerca ó de lejos desde hacía diez años. Ricos ó pobres, simples proveedores, y personas de importancia; de todo figuraba en esa interminable lista, dos veces más larga que el calendario.

Entre los innumerables invitados, tres nombres saltaron á la vista de Norina, que no perdía ripio de lo que sucedía: Breteuil, Anglois y Reyer.

A juzgar por el espanto retratado en los ojos de la

ingenua, se hubiera podido suponer que aquellos tres apellidos, eran las célebres y terroríficas palabras trazadas por misteriosa mano, durante el festín del rey Baltasar.

—¿Conocéis estas personas?—preguntó con voz menos firme de lo que hubiese querido.

—¿A Breteuil? Perfectamente. He añadido una ala á una casita que tiene en la Avenida de Yena. ¡Hermosa propiedad! ese terreno le ha costado cincuenta francos el metro; ahora le produce, una vez edificado, catorce mil francos de alquiler.

—Son encantadores esos Breteuils; he comido con ellos una vez, hace tiempo; son muy amables. ¿Y vos, los conocéis?

—Los hemos tratado antes—dijo la de Guerbois;—pero el temperamento raro de la señora, nos ha obligado á cesar las relaciones.

—Me admiráis—dijo Duval;—esa señora me había parecido de un carácter muy cordial. En fin, cuando no se ve á las personas sino superficialmente, ¿verdad?

—¡La señora de Anglois!—dijo Norina clavando las uñas en el papel como si aquel hubiese sido una persona humana.—¿Conocéis la señora de Anglois?

—¡Sí! pardiez!—exclamó el contratista.—¿Extraña mujer, verdad? Muy amiga de los de Breteuil, muy original; el hombre más honrado del mundo no la igualaría, pero muy testaruda para los negocios. Quería venderme un terreno, y nunca nos hemos podido arreglar, porque pedía demasiado caro, es decir, demasiado caro, para lo que yo quería pagar se entiende. Se ha salido con la suya, lo ha vendido al precio que había dicho, y el que lo ha comprado ha hecho un buen negocio; ¡qué queréis! yo soy terco, ella también!

—¿Sois terco?—preguntó Norina con su dulce voz sonriéndose incrédulamente.

—¡Como una mula vieja! Ya lo veréis; pero no os atormentéis por eso; una vez sabido ¿verdad, os arreglaréis para ceder y todo irá bien? ¡Esa querida señora de Anglois! siempre la veo con gusto, y creo que á su vez, le gusta encontrarme; entre dos tozudos, como ella y yo, no hay más que dos cosas posibles: ¡ó se detestan ó se adoran! y nosotros no nos detestamos. ¡Ja! ¡Ja!

Y reía, con su risa jovial, y tan á gusto, que Norina tuvo ganas de abofetearlo. Ya comprimó, sin embargo, ese deseo prematuro, y siguió recorriendo la lista para llegar á un tercer nombre que había visto y hacía un cuarto de hora, le estaba quemando los ojos.

—Señor y señora de Reyer, ¿quiénes son estos?—interrogó después de otras dos preguntas insignificantes.

—Reyer es un abogado muy simpático. No hace quince días que lo conozco; va á defenderme un pleito... Lo ha comprendido en seguida, es admirable. Tiene un caballo negro. ¡Tate! pero si vos lo conocéis, lo hemos encontrado en el Bosque de Bolonia el día que fuimos á la *Tête Noire*. Me dijisteis que lo habíais visto en Dieppe.

—¡Ah!—dijo Norina tratando de reponerse, como el hombre que se ahoga y se figura que va á empezar á nadar.—Muy bien; ¿es ese Reyer? ¿Y lo invitáis?

—¡Ya lo creo! ¡Si me gana ese pleito, habrá para comprar muchas cositas lindas á la señora Duval, con aquel dinero! Y además, un abogado no es para desdenarlo, puede ser útil.

El cielo de Norina se había obscurecido. Por más que hizo que fuese convidado Muriel á la ceremonia,

al refresco, á la comida y á la gran reunión, todo esto no impedía que sus enemigos estuviesen convocados, y estaba segura, ¡pero muy segura! de ver á la señora de Anglois, el día de la boda, examinarla con el aire burlón que solamente ella poseía en tan alto grado. ¿Y Reyer? ¿asistirá? ¡Probablemente! ¡Cuánto iba á despreciarla! Nunca había admitido Norina la idea de que pudiera ser degradada; pero esta vez el desdén de Reyer se presentaba á ella claro y vibrante, como un latigazo.

¿Qué pensaría, cuando, leyendo la tarjeta de invitación, en lugar del nombre de Justino, leyese el de Duval? ¡Si hubiese sabido Norina que desde hacía quince días conocía Edmundo toda esta innoble historia! ¡Si hubiera averiguado que, gracias á Rosina y á su esposo, Justino Lignón seguía viviendo, con sus completas facultades y con gran tranquilidad! ¡Pero ella debía ignorar esto hasta más tarde; si lo hubiese conocido entonces, su inquietud hubiese sido menor; ¡cuán cierto es, que una desgracia ideal, es á menudo, mucho más horrorosa que otra cualquiera.

## XXII

El gran día amaneció con un cielo lluvioso.

La fría mañana de Noviembre hacía tiritar en la puerta de la iglesia de San Lorenzo á los pilluelos, que esperaban el cortejo; y los vendedores de castañas de los alrededores hicieron un buen negocio.

Por fin se vió venir los carruajes, las puertas de la iglesia se abrieron ruidosamente enviando una ráfaga de aire glacial hasta el altar mayor; los órganos lanzaron sus prolongadas notas mientras los porreros, á

cual más majestuoso, precedían, con paso tardo y acompasado, á los esposos, los cuales, todavía, sólo estaban casados civilmente.

Norina caminaba tan mal como una figurante de pueblo, cosa que no es difícil explicarse. No se aprende en ocho días á moverse con soltura entre el oleaje de una larga cola de raso; no se adquiere fácilmente el arte de llevar encima seis mil francos de encaje sin aparentar preocuparse de ellos; todo requiere aprendizaje, y la ingenua, tan encantadora en su papel de niña, parecía muy vulgar con los vestidos de etiqueta.

No obstante, consiguió sentarse sin romper más que dos ó tres veces el velo, y dió comienzo la ceremonia.

¡Alegría de las almas buenas! ¡Triunfo de la murmuración! ¡Qué ambiente habrá más favorable que una nave de iglesia para todas las ocurrencias crueles, extrañas, inconvenientes y envidiosas! Pretenden que la gente es mala; hay, quizás, algo de verdad en esta apreciación severa, pero justa. Convengamos, pues, que el lugar donde se despliega más maldad es la nave de una iglesia en día de solemnes nupcias.

La ocasión era hermosa en este día. ¡La señora de Guerbois! ¿Quién? ¡Nadie! Una hija de un empleado; y él, un contratista.

Los equívocos y las amargas burlas llovían sobre Duval, que, cuando en su hermoso sillón de terciopelo rojo, pensaba, que si la misa le costaba cara, en cambio estaba, realmente, muy bien.

¡Y se casaba con una muchacha sin dote! ¿era una reparación? ¿por qué motivo un hombre, enriquecido con el sudor del pueblo, se casaría con una muchacha sin fortuna, á menos de verse obligado? Esta opinión

corría, principalmente entre los clientes de los mercados de castañas.

La opinión de la clase media era menos feroz. Encontraban á Norina torpe; á Duval estúpido. ¿Fea? No del todo fea; ¡roja como una langosta y esto es tan común. En día de boda no hay nada tan interesante como una desposada pálida. ¿Y él? Aquel muchachote, se casaba con aquella relamida! pues, ¡bien debía saber á que se exponía!

No; había que hacer justicia á Duval; no tenía la menor sospecha de los peligros que corría. Se había casado con Norina tontamente; pero con una idea bastante buena. Evidentemente le gustaba; pero estaba lejos de sentir por ella la furiosa pasión de Lignón. Si no se la hubiesen concedido, se hubiera consolado muy bien.

Sobre todo si Reyer le hubiera ganado el pleito.

Las causas que más le habían decidido en su resolución, eran el deseo de tener en su casa un lindo animal de lujo que poder enseñar á todo el mundo, y distraerse con él, como un juguete curioso y caro, y el pensamiento de que, siendo rico, no necesitaba permiso de nadie para satisfacer sus caprichos.

—Una familia encopetada—decía—no me convendría: hagamos la felicidad de este nido de pobres diablos.

¡Y, además, Norina parecía tan joven! ¡tan joven! y Duval que tenía treinta y ocho años, adoraba eso.

Una vez casados, y con la correspondiente bendición de Dios, empezó el desfile.

Esto es una tarea difícil para las jóvenes desposadas, aun para las acostumbradas á la gimnasia mundana; pero para una palurda, como Norina, era un verdadero Waterloo.

Tiesa como un palo, roja como una amapola, torpe y completamente abarrotada, no sabía lo que hacer con sus guantes, demasiado estrechos, ni con el ramo que llevaba en su mano; se quedó perpleja, cohibida y violenta ante todos aquellos saludos que la molestaban atrozmente.

De pronto, entre aquel gentío distinguió una pechera deslumbrante de abalorios y azabaches; se sintió desfallecer.

La señora de Anglois no quiso desperdiciar el último bocado de aquella nueva caperucita encarnada; se adelantaba, soberbia y triunfante, devorando con sus miradas y luciendo sus afilados dientes.

¡Cuán deliciosamente saboreaba la poca desenvoltura de la recién casada!

—¡Qué colorada está la desgraciada!—oía decir á su alrededor.

Esta frase, que era repetida por todas partes, la llenaba de alegría.

Avanzaba lentamente entre la muchedumbre burlona, saludando á derecha é izquierda á aquellas caras conocidas, que no se ve sino en las bodas y en los entierros. Cuando llegó delante de Norina, la saludó con una cortesía irreprochable, mientras la infortunada veía renacer ante sus ojos con claridad desoladora, la última escena de Dieppe: Rosina, yéndose alegremente de paseo con Edmundo, sobre los asnos, al tiempo que la señora de Anglois mortificaba tan alegremente á su rival, con su perversa intención.

A este pensamiento la joven desposada, se puso aún más colorada, se volvió de color de carmesí.

—Os felicito, señor Duval,—decía el Lobo al victorioso recién casado.—Acabáis de hacer una gran adquisición; es más halagadora que mis terrenos, ¿ver-

dad? sea enhorabuena, y sin rencor, querido señor... Os saludo, señora.

El Lobo se fué con paso tranquilo, y Norina hubiese respirado á no haber oído una voz que conocía muy bien, contestar á otra voz:

—Es verdad, es horroroso ser tan colorada; y no se le pasará. Su madre es igual, miradla.

Norina, que sentía bien el calor de sus mejillas, vió aumentar aún el fuego que las devoraba.

En el momento en que adquiría su expresión malhumorada, Reyer apareció delante de ella, completamente asombrado.

Sin mirarla, se inclinó ante la ingenua, y apretó la mano de Duval.

De repente palideció; un vago destello de esperanza se destacó de las tinieblas en que la había sumido la vista de la señora de Anglois. Edmundo no la miraba, no se atrevía quizá. Ella se decidió á mirarle frente á frente, fijando sobre los ojos del joven otros ojos, de donde la inocencia había desaparecido totalmente.

El lo sintió probablemente, ó vió, á pesar de tener sus párpados entornados, aquella mirada provocativa que ofrecía la mujer, y lleno de una indecible cólera, á la vista de tanta imprudencia, fijó sus tranquilos ojos sobre aquella cara que palideció por alguna emoción malsana; el carmín volvió á invadirla, más obscuro, más sombrío, casi violeta, como después de un bofetón.

La señora de Anglois, que esperaba al lado de la puerta de la sacristía, lo había visto todo; cogió del brazo á su sobrino y se lo llevó á la iglesia, y de allí afuera. Cuando sintieron el aire frío en la cara, respiraron libremente; un instante después el carruaje de Reyer los condujo á su casa.

Al son de los órganos y de los golpes de alabarda de los guardatemplos, Norina volvió á aparecer; pero del brazo de su marido, nuevo, flamante. Muy cerca del pórtico, en la obscuridad vió dos brillantes ojos fijarse sobre ella, y reconoció la cara pálida alargada de Justino. Era absolutamente de mal gusto, lo sabía; pero el sentimentalismo romántico, de que nunca había tratado de desprenderse, lo había encaminado allí, á pesar de los consejos de sus amigos. Había querido proporcionarse la cruel alegría, de contemplarla en toda su pompa nupcial.

A pesar de que ella no era ya la que él había amado; aunque vendiéndose por dinero á un hombre honrado, á quién engañaba, como le había engañado á él, representando la comedia de la inocencia como la había representado en Dieppe, la creía sometida á detestables influencias, que no podía explicarse, acusaba á la madre de haber pervertido el entendimiento de la hija; si ésta hubiese parecido triste ó preocupada, Justino hubiese derramado aún muchas lágrimas estériles.

Al verlo, la joven no pudo reprimir un movimiento de repulsión; su mirada cruel y dura se fijó sobre su antiguo prometido como para decirle:

—¿Qué venís á hacer aquí? ¡Espero que no es á comprometerme!

Casi había amenaza en los ojos antes adorados.

Al ver esto, Lignón sintió que todo su amor, toda su adoración caía como de un alto andamiaje y moría dentro de él, después de corta agonía.

—No vengo, seguramente, á comprometeros—respondió su mirada,—sino á deciros que no sois nada para mí ¡nada! ¡Menos que el fango que va á ensuciar ahora el borde de vuestro vestido de novia!

Comprendió este lenguaje y pasó cada vez más colorada.

Muriet se mantenía á la portezuela de una carretela; Norina no sintió siquiera la galante presión de la mano que le ofreció para montar; no sabiendo subir en coche, se le enredaron los pies en el velo, del cual quedó un pedazo enganchado á la portezuela. Mientras Duval subía, el arquitecto se apoderó del pedazo de tul, y lo metió con destreza en el bolsillo, al lado del corazón, dirigiendo una sonrisa á la joven. El carruaje partió y toda la comitiva se dirigió al *Gran Hôtel*, donde el personal estaba en zafarrancho de combate para un festival que costaba carísimo.

## XXIII

—¡Ea, ya estáis casada!—dijo Muriet después de una opípara comida, que el contratista ofrecía á los quince días de su boda á los amigos particulares de las dos familias.

—¡Así parece!—contestó Norina.

Tomaban el café y los amigos se hallaban diseminados por los dos salones, y por el de fumar, y el gabinete de trabajo, dejando entre los grupos grandes intervalos que favorecían las conversaciones particulares.

—¡Os parece!... ¿No estáis bien segura? ¿Es la riqueza ó el matrimonio la causa de vuestra incertidumbre?

Norina se encogió de hombros; se le había contagiado de Muriet aquel gesto, y encontrándolo bonito, probablemente, lo había conservado.